

RECUERDOS DE FRANCISCO MORALES PADRÓN

Por RAFAEL MANZANO MARTOS

Fuimos en vida cuatro grandes amigos, que tuvimos en común la amistad sin quiebras, tal como nos enseñó Marco Tulio, la vida universitaria y la convivencia en el seno de esta Real Academia, a la que los cuatro accedimos en su vieja sede del Museo, para mí tan cargada de recuerdos. Fuimos como hermanos con las diferencias de edad normales en una gran familia. Fue el mayor Florentino Pérez Embid, seguíanle Sebastián García Díaz y Paco Morales Padrón. Yo fui el último allegado.

No sé el día en que conocí a Paco. Recién llegado a Sevilla a ocupar mi cátedra en esta Universidad, creo que mi único amigo en la ciudad lo era Joaquín Romero Murube. Por él conocí a Aquilino Duque, o mejor a Sally, que le labraba en su ausencia, con amor trasmutado en fábrica de albañilería, la modesta vivienda familiar de Tomares, en la cual colaboré en lo que pude.

No sé cómo ni por qué fui a comer un día con Paco Morales Padrón y con su dulce Helena, en el Colegio Mayor Hernando Colón. Creo que fue iniciativa propia, tal vez intentando consultarme, para mejorar en algo aquel centro de convivencia del alumnado, con la modestia de medios que siempre caracterizó la vida universitaria.

Recuerdo que también fue él quien en algún episodio médico de Concha, mi mujer, me presentó a Sebastián García Díaz, Catedrático de Patología Quirúrgica de nuestra Facultad de Medicina y creador del departamento de Cirugía cardiovascular for-

mado en torno a la figura de Ramiro Rivera y su equipo, que habían traído a Sevilla nuevas técnicas quirúrgicas aprendidas, primero en Lyon, y luego en Canadá, pioneras en la medicina española, y que además de salvar y mejorar la calidad de vida de mi mujer, hicieron posible su primera maternidad.

De aquello surgió una entrañable amistad con Sebastián y otros compañeros de Medicina, en una Universidad pequeña, íntima y fraternal en que todos nos apoyábamos en nuestras mutuas necesidades.

Un día leímos en la prensa el nombramiento de Florentino Pérez Embid como Director General de Bellas Artes. Yo no lo conocía, salvo por un artículo de Don Leopoldo Torres Balbás en el que hacía dura crítica de la publicación de su tesis doctoral en torno al “mudejarismo portugués” en la que se traslucía un cierto encono entre mi viejo maestro liberal y el joven derechista del Opus Dei. A la noticia le acompañaba una “carta abierta” que le dirigía Joaquín Romero Murube, y que arrancaba de un “Mi serrano amigo...” en tono exigente y donde le leía la cartilla respecto a sus nuevas obligaciones morales, administrativas y artísticas respecto a Sevilla y su entorno, de los que el poeta era nada mas y nada menos que “Comisario Regional de la Sexta zona del Servicio de Defensa del Patrimonio Artístico Nacional.”

Y, efectivamente, el sábado siguiente, a instancias del poeta coincidí con los dos en el Alcázar, en cuyo archivo se pertrechaba Joaquín Romero, y me presentaba como joven colaborador y arquitecto, y donde Florentino, entre otras muchas cosas, nos requirió: “No conozco a Miguel Ángel García Lomas, al que voy a tener que tratar mucho como Director General, que es, de Arquitectura. Decidme, ¿cómo es Miguel Ángel?”. A lo que contestó el poeta con aquella voz nasal y característica que exhibía cuando como yo decía, hablaba “ex cátedra”: “Pues mira, Florentino, ¿como te lo describiría? ¿Tú te acuerdas del oso que se comió a Don Favila?”. Y de allí sintetizó la imagen en fina descripción literaria de aquel oso asturiano que entonces dirigía los destinos oficiales de la arquitectura española.

Pero un día después Paco Morales, gran amigo de Florentino, y catedrático como él de Historia de los Descubrimientos Geográficos, nos invitaba a comer en su Colegio Mayor, y de allí

arrancó mi gran amistad con el que sería gran Director General de Bellas Artes y gran protector durante un largo periodo de la imagen urbana y monumental de Sevilla, con sus aciertos y sus errores, con sus luces y sus sombras.

El me encomendó una serie de trabajos de restauración en este entorno, precisamente cuando yo estaba ya con un pie en el estribo para regresar a mi “alma mater” madrileña y ello decidió mi vinculación definitiva con esta ciudad, en la que estaba cual ave de paso, sin familia, escasos amigos, y aún más escasos estímulos, frente a un Madrid donde me esperaba la siempre grata colaboración en el estudio, para mí más que familiar, de mi maestro Fernando Chueca.

Paco Morales fue el catalizador de la gran amistad que nos unió a Florentino Pérez-Embid y a Sebastián García Díaz. Juntos hicimos un gran viaje a Canarias en Diciembre de 1968, donde conocí su patria chica y las islas orientales, especialmente Lanzarote y la Gran Canaria, estudiando un programa de actuaciones en su patrimonio monumental que pusimos en mano de discípulos y compañeros y donde recalamos en Santa Brígida, el esplendido paisaje tropical que había dado su primera luz a Paco, y donde se conservaba intacta su modesta pero bellísima casa natal, con su balconaje leñoso, y su volada galería. Allí entendí las razones del periplo vital de un hombre, nacido entre la tensión de la Península y especialmente de Sevilla, su gran puerto interior, y la de la lejana América con la que compartió la historia del Descubrimiento.

Sebastián García Díaz era académico de esta Casa desde tiempo inmemorial. El otro médico académico, también gran amigo, era Antonio González Meneses, y de ellos, el tercero en antigüedad académica lo fue Francisco Morales Padrón. No recuerdo haber asistido a su discurso, pero ellos fueron los que presentaron a Florentino Pérez Embid que ingresó con un estudio historiográfico sobre “La Frontera de los Reinos de Castilla y Portugal en las sierras de Huelva”, problema de lindes conocido en la Historia de España como “La Cuestión de Portugal”. Le contestó Sebastián García Díaz en discurso, brillante como suyo, en el que requería a Florentino “a las aladas almas de las rosas”, y a la menos poética pero necesaria, restauración de esta sede de

la academias, ya que se nos obligaba a abandonar el museo de Bellas Artes, y de las que yo sería el fiel ejecutor y arquitecto. Entre todos urdieron mi elección académica en los días de presidencia de Faustino Gutiérrez Alviz.

Eran los mismos días en que Paco y yo correteábamos su Sevilla Insólita, en busca de sus corrales de vecinos, o de sus sorprendentes circunstancias y hechos diferenciales. Algunos se le quedaron en el tintero. Recuerdo que le llevé al Palacio Arzobispal para visitar su patio de autopsias, de donde toma luces el salón del trono, y a cuyos pies se sitúan las dos mesas de mármol, donde se embalsamaban los restos arzobispales y se llenaban de paja y estopa para ser expuestos, primero en la inmediata sala de Santa Tomás y, luego durante varios días en la Catedral, todo ello ejecutado bajo la mirada inquisitorial de la corte del arzobispo colocada en los balcones altos del patio. Pocos lugares en el mundo tan idóneos para refrescar el “memento mori” en las recepciones solemnes de un arzobispo.... Luego no lo contó por consejo cardenalicio.

Tuve luego a Paco Morales en vecindad más próxima, en el Patio de Banderas, durante unos pocos años, al dejar la dirección del Colegio Mayor, y mientras se labraba la morada definitiva de su vejez, en el barrio de Santa Cruz. Fue una suerte convivir con él tan de cerca en aquellos días en que dirigía ya esta Real Academia, y desplegaba su última gran labor de publicista de la Historia de América y del alma de Sevilla. De allí salieron muchos títulos de su copiosa bibliografía. Allí surgió también un libro sobre el propio Patio de Banderas, que ha quedado inédito junto con el prólogo que yo le escribí, y en el que daba cumplida cuenta de nuestra vida compartida en dos viviendas de aquel Patio de Armas del Alcázar Sevillano, y donde como otro Diablo Cojuelo destapaba un tanto el pastelón de los tejados de aquellas casas para contemplar la biología de sus gentes allí enraizadas.

Por aquellos días iba a cumplir con uno de esos requisitos que han sido punto esencial en la vida de todos los buenos sevillanos, de adopción o de nacimiento. Para algunos basta con ser Reyes Magos en su cabalgata, pero para los más poetas, cristianos y capillitas mas conspicuos, lo es pronunciar el Solemne Pregón de una Semana Santa. Nunca llegué a meterme en

estos avatares, pero el de Paco Morales fue brillante, profundo en su testimonio de fe de humilde hermano de la Penas, cargado de sentido teológico, y ayuno de esa carga de evocaciones seudopoéticas que suelen banalizar este singular género literario y oratorio que es un pregón de Semana Santa sevillana. Por ello el de Morales Padrón fue duramente criticado y a él y a todos sus amigos que habíamos sabido valorar la dignidad y calidad de su discurso, nos dejó aquella situación profundamente entristecidos. Pero entre los amigos iba a surgir la voz elocuente y amiga de otro pregonero, Sebastián García Díaz, que en aquellos días hizo el desagravio de su amigo, dando testimonio de sus valores y explicándolo a los ignorantes. Paco lo sufrió con dignidad cristiana. Fue siempre un buen creyente sin caer en extremos. Recuerdo que una vez hablaba por teléfono con un hermano suyo que le pedía consejos. Pero cuando le dijo que estaba pensando entrar en el Opus Dei, le espetó: “Y, ¿por que te empeñas ahora en llegar al cielo en coche cama?”.

No fue la única vez que Sevilla, la bien amada de Morales Padrón, le iba a ser infiel a su amante. Pero él le fue fiel hasta la muerte. Murió primero Florentino Pérez Embid, en una dolorosa Nochebuena del año 1974. El que había sido un apasionado político de los últimos años del franquismo, no llegó a vivir los años de impresionante actividad política de la transición. ¿Con quienes hubiera militado Florentino?

Cayó luego Sebastián García Díaz. El que había salvado tantas vidas en el ejercicio quirúrgico, no pudo evadirse de ese destino inexorable de la vida, que es el morir. Ya, casi herido de muerte nos leyó aquí un texto con el título “La Muerte, ensayo en clave andaluza”, meditación personalísima, y verdadera premonición de su final en octubre de 1987.

Ahora, con la despedida de Paco Morales Padrón, nuestro académico preeminente, verdadero hermano mayor, consejero y guía de humanidad en mi vida, nos toca tristemente emprender una última etapa del camino, sin la alegre compañía de estos grandes amigos que nos precedieron y alentaron en la senda universitaria, familiar y académica.